

por miras políticas y otros por ignorancia. Antes por el contrario se han hecho acreedores al amor y aun á la gratitud de los pueblos.

Cuatro palabras sobre la historia de la Compañía de Jesús, que viene realizando el mas sublime pensamiento de los que pueden concebirse en favor de la sociedad humana, cual es llevar á todas partes, por medio de la propagación del Evangelio y de la cristiana educación de la juventud, el gran beneficio de la civilización universal.

El siglo XVI fue uno de los mas luctuosos para la Iglesia de JESUCRISTO. No hay quien ignore que fue el centro de la mas funesta anarquía en materias religiosas, ni quien desconozca los nombres funestamente célebres de Lutero y Calvino, de los Estorkios y Anabaptistas, de los Zuinglios y Buceros, de los Carlostadios y Ecolampadios, y de Enrique VIII de Inglaterra, que bien pudiera llamarse el Neron de la Gran Bretaña. Jamás se habia hecho guerra tan encarnizada á la Iglesia, que dió al mundo nuevas y relevantes pruebas de su origen divino cuando no fue sumergida en tempestad tan horrible. Lutero, apóstata escandaloso del Catolicismo, tan inmoral como atrevido, tomó en sus manos el lábaro de la pretendida reforma, iniciando esa guerra de religion, esa revolucion de marcado carácter demagógico que hizo estremecer á la Iglesia y temblar á todos los poderes de la tierra. Tocóle por suerte á nuestra España, á esta nacion privilegiada que habia tenido la gloria de haber arrojado de su seno á los sectarios de Mahoma, despues de haber sostenido una lucha heroica de siete siglos, el producir un varon extraordinario, un soldado valeroso de la milicia de CRISTO, jefe de un ejército numeroso y aguerrido, que con la enseña del nombre santísimo de JESÚS ha peleado siempre contra los enemigos de la fe cristiana, que ha sido una columna del trono de los sucesores de Pedro, y que, oponiéndose constante y valerosamente á las enseñanzas del luteranismo, ha penetrado por todos los pueblos del antiguo y del nuevo mundo con la bandera de los sacrosantos dogmas de la religion salvadora.

Aquel varon extraordinario fue Ignacio de Loyola.

El denodado ejército de CRISTO por él ordenado, la Compañía de Jesús.

El siglo de Lutero fue el siglo de Ignacio. Nació el primero para la desgracia de la Alemania. Vió la luz el segundo en Loyola, en la provincia de Guipúzcoa, para honor de la España y bien de la Iglesia universal. Despues de sostener una lucha consigo mismo y con sus pasiones, Ignacio renunció el brillo de una cuna ilustre, trocó sus ricos vestidos por un traje burdo y derrotado, y el que antes respiraba orgullo y vanidad, mendiga el sustento, se hospeda en los hospitales, y se prepara por medio de las mayores humillaciones á llevar á cabo una obra gigantesca que habia de producir bienes incalculables. Destinado como Esdras á restaurar las ruinas del templo, se purifica en el célebre santuario de Montserrat, recibe luces extraordinarias en la gruta de Manresa, y emprende despues largos viajes siempre seguido de reveses y contradicciones. París es el lugar donde se detiene para continuar su carrera literaria, prosiguiendo al mismo tiempo su mision apostólica. Allí se le asocian seis varones animados de su mismo espíritu, todos hombres de talento y de celebridad, entre los que se contaba Francisco Javier, maestro de filosofía que llegó á ser mas tarde el apóstol de las Indias. Todos reunidos marchan al monte de los Mártires el dia de la Asuncion el año 1534, y sobre la tumba del apóstol de París pronuncian un voto solemne de renunciar los

bienes del siglo, y de consagrarse á la conversion de los infieles en Palestina, ó donde quiera que fuesen destinados por la Silla apostólica.

De este modo nació la nueva milicia de CRISTO, que bajo el modesto título de Compañía de Jesús, y al grito de *á la mayor gloria de Dios*, se habia de declarar en perpétua guerra contra el vicio y la herejía. Apenas nace esta Asociación, la vil calumnia se desencadena contra ella, y hombres de alma tan grande y de ideas tan conformes al espíritu del Evangelio son acusados de enseñar doctrinas sospechosas, y justamente cuando Ignacio con su precioso é inimitable libro de los Ejercicios, que ha merecido ser traducido en casi todos los idiomas europeos, destruye todos los errores y consigue los mayores triunfos. Paulo III, que gobernaba por aquellos dias la Iglesia universal, somete á un detenido exámen la vida y doctrina de Ignacio, así como el plan de su Instituto, y admirando un genio tan extraordinario, lo aprueba solemnemente en 27 de setiembre de 1540.

Desde aquel dia la Compañía de Jesús toma un incremento admirable. Ignacio permanece en Roma para dirigir desde allí los trabajos de la Compañía, en tanto que envia á sus animosos soldados á pelear por diversos puntos las batallas del Señor. Alfonso Salmeron y Nicolás Bruet se presentan en Irlanda, y ellos solos impiden con su predicacion y enseñanza que penetre allí el cisma que desgraciadamente introduce en Inglaterra el desdichado Enrique VIII. Claudio Jayo en Brescia apaga el voraz incendio del luteranismo con la fuerza de sus talentos y profundo saber, consiguiendo que se verifique una favorable reaccion en pro de la verdad católica. Nada importa que los novadores susciten grandes cuestiones acerca de la enseñanza de la Iglesia romana. Los Jesuitas que, como antes dijimos, fueron sarcásticamente calificados mas tarde, por una pluma impía, de guardias de corps de la Santa Sede, y que en efecto lo son, salieron á la defensa, y fue suficiente su sabiduría y el celo ardiente de Lainez para echar por tierra los vanos sofismas de aquella herética secta. ¿Y qué hacen los Jesuitas por todas partes luego que se han aumentado sus filas? Fundan colegios para la enseñanza de la juventud, erigen seminarios para instruccion del clero, y forman asilos para que sirvan de refugio á las personas que arrepentidas de sus maldades quieren echarse en brazos de la Religion para alcanzar el perdon y purificarse, y ellos entre tanto ni admiten dignidades, ni son gravosos á los pueblos, y en su deseo de propagar la gloria de Dios y de procurar la salvacion de las almas, estudian con incansable celo para ser maestros expertos de las verdades católicas. Pero ¿qué mas dirémos en loor de la calumniada Compañía? Búsquese entre toda la falange de sus enemigos un solo hombre que haya hecho en favor de la humanidad algo que siquiera se parezca á lo que hizo el gran san Francisco Javier. Él se dirigió á los mas lejanos países sin mas objeto que civilizar á los bárbaros, sin temor de morir á manos de los mismos á quienes llevaba tan apreciable beneficio: recorre á pié y descalzo muchas leguas: llega á Goa, y en pocos meses convierte aquella Babilonia de vicios en un paraíso de virtudes: Ormuz, Coulan y otros pueblos participan de igual beneficio, y no contento Francisco Javier con los grandes triunfos conseguidos, forma el proyecto de dirigirse á la China, con cuyo objeto emprende una dilatada y penosa navegacion, y Dios le llama á sí cuando con mas esfuerzos trabajaba en su apostolado despues de haber derramado el agua del Bautismo sobre la cabeza de millares de criatu-

ras que debieron á su incansable celo el conocimiento del Evangelio y con él la civilización.

Imposible nos sería poder reseñar ni á grandes rasgos en las líneas que á este asunto dedicamos los inmensos bienes que á la Iglesia y á la sociedad ha proporcionado la Compañía de Jesús. Donde quiera que ha habido errores que combatir, vicios que exterminar, maldades á que hacer la guerra, allí han estado los individuos de esa heroica milicia de Cristo, que manejando con sabiduría la espada de la palabra evangélica han echado por tierra los mas grandes proyectos de la impiedad. Léase con detenimiento la historia de las misiones católicas, y se verán los grandes trabajos á que los Jesuitas se han sujetado por extender el reino de Jesucristo. Entre los ilustres Mártires del Japon canonizados por Su Santidad Pio IX con inusitada solemnidad el día 8 de junio de 1862, se contaban tres individuos de la Compañía, siendo muchos los que en diferentes misiones han recibido la palma del martirio. No hay un solo país en el viejo ni el nuevo mundo donde no haya resonado con fruto la voz de esos varones apostólicos. «Mares, tempestades, hielos del polo, dice el ilustre cantor del *Genio del Cristianismo*, ardores del trópico, nada les detiene. Viven con el esquimal sobre cueros de toro marino; se alimentan de aceite de ballena con el groenlandés, pasan con el tártaro y el iroqués inmensas soledades, montan sobre el dromedario del árabe, siguen al cafre errante por en medio de sus abrasadores desiertos; el chino, el japon y el indio son neófitos, no hay una roca del Océano que escape á su celo, y así como en otro tiempo faltaban reinos á la ambición de Alejandro, falta tierra á su caridad.»

Es indudable que los Jesuitas llevaron hasta los mas remotos países el conocimiento de las ciencias, lo que honra sobremanera á la calumniada Compañía. Hé aquí cómo acerca de esto se expresa un escritor notable por su imparcialidad: «Los Jesuitas ayudaban entonces á un emperador tártaro á hacer revivir las ciencias en la China, la cual en tiempos muy remotos habia hecho ó recibido los mas asombrosos descubrimientos. Los Jesuitas se convertían en magistrados de un pueblo cuyas costumbres aparentaban admitir, y le dirigian por la senda del Cristianismo. El P. Parenin, uno de los talentos mas complacientes y distinguidos de su siglo, y sus piadosos y doctos compañeros los PP. Amyot y Duhalde, llevaban á la China algunos conocimientos de Europa, y hacían conocer á esta muchos puntos de la historia, de la moral, de la admirable cultura y de las artes de la China. En las *Cartas edificantes* el gusto mas delicado y la crítica mas ejercitada hallaban gran número de hechos interesantes y de juiciosas observaciones.»

Para terminar este asunto, ya que no nos sea dado hacer una completa apología de los Jesuitas, reproduciremos aquí algunos párrafos de la historia de las misiones en América, según los leemos en el mismo autor César Cantú, á quien pertenece el párrafo anterior.

Ocupándose de la raza indígena, al hablar de los sacerdotes á quienes las leyes españolas confiaron la vigilancia sobre la vida y libertad de los naturales y de otros que llegaron de diferentes puntos de Europa ex profeso para convertirlos, se expresa de esta manera:

«Siguiendo sus huellas se precipitaron una multitud. Los Dominicos, cuyo principal instituto era la predicación, corrieron á abrazar el apostolado del Nuevo Mundo, y lo mismo los Franciscanos, Agustinos, Capuchinos y Laza-

ristas; pero con mas ardor todavía se consagraron á este objeto los Jesuitas, sociedad de vigorosa juventud, deseosa de superar á las demás en celo y padecimientos, y que iba á demostrar su genio tan obstinado como flexible. Otro tratará de disculpar á los Jesuitas cuando se infestaron con el aire de las cortes; á nosotros nos toca admirarlos cuando se sublimaron acercándose á los que padecían.

«Después de las perfidias y atrocidades que acompañaron al descubrimiento, el ánimo se solaza al fijarse en estos héroes, los cuales, llenos de viva compasión por la degradación del hombre y por las miserias á que lo reducía la ignorancia propia ó la avidez de otros, hicieron holocausto de sus vidas y placeres para llevarles la verdad, arrostrando, ya las maldades de la barbarie, ya la obstinación de las preocupaciones, y siempre la repugnancia de la naturaleza humana, no sostenida por esperanzas de gloria ni por la vanidad de padecer intrépidamente ante una admiradora multitud. Hoy se hacen las explicaciones científicas con grande aparato; pero entonces el misionero partía para conquistar un mundo sin mas instrumentos que la cruz y el breviario. Y no bastaba el valor en empresas en que no se trataba de matar y dominar á los pueblos, sino que era necesaria ciencia para convertirlos, hablar en su lengua, secundar sus costumbres y el giro de sus ideas, refutar sus antiguas creencias, y saber exactamente hasta qué punto la moral y la religión pueden condescender con la costumbre y las preocupaciones.

«En medio de aquellos ríos en que desaguan otros inmensos; en medio de aquellos bosques ilimitados que desembocan en otros bosques vírgenes; en aquellos prados sin fin, en que el hombre se pierde como en medio del Océano, el misionero, á merced de los elementos, rodeado de fieras y reptiles venenosos, lo mismo que de hermosísimos pájaros, penetraba por sendas que ni la avaricia se había atrevido á pisar, dirigiéndose en busca de conversiones ó del martirio. Solo Dios veía el franciscano con su tosca túnica y los pies descalzos, ó el jesuita con su gran sombrero, sus negros hábitos, el Crucifijo en la cintura y el breviario bajo el brazo, recorrer aquellos bosques vírgenes, atravesar los pantanos con agua hasta la cintura, encaramarse en las escarpadas rocas, penetrar en las sangrientas tinieblas de las cuevas y precipicios, expuestos á ser presa de las garras del tigre, de las mordeduras de la serpiente ó de la glotonería del indio, que podría creerle una caza apetitosa. Si alguna de estas cosas sucedía, el misionero espiraba alabando al Señor, y otro compañero que seguía sus pasos, al encontrar los restos dejados por el caníbal ó el ave de rapiña, los sepultaba, entonaba su oración al mártir, plantaba en aquel sitio una cruz, y continuaba su camino dispuesto á sufrir igual suerte.

«No acostumbrados los salvajes á ver en sus tierras al europeo sino para robar su oro, sus mujeres ó su libertad, admiraban á los misioneros, que nada les pedían; admiraban la intrepidez con que estos hombres desarmados hacían frente á sus enemigos, la constancia con que sufrían los tormentos mas exquisitos, y se agrupaban al rededor del sacerdote que apenas sabía una palabra de su dialecto, pero que les enseñaba el cielo y una cruz. ¿Era un mago? ¿Venía del cielo? Un nuevo encanto percibían en sus palabras, y le escuchaban atónitos cuando les invitaba á dejar la vida errante, los matrimonios múltiples, los banquetes humanos y á unirse en la santidad de la familia y de la sociedad. ¿Quién no recuerda la fábula griega de Orfeo y Anfión? Los mi-

sioneros proveíanse de instrumentos armoniosos, y surcaban los rios llenando el ambiente de sencillas melodías. Con este nuevo prodigio los salvajes acudían de las llanuras y los montes, y se arrojaban al rio para seguir á nado la navicilla que le atravesaba, entonando los himnos de la Iglesia, con lo cual empezaban á gustar los placeres que proporciona el vivir en sociedad, y procuraban desde luego imitar estos cánticos al rededor de la cruz ó de la efigie de María.»

Á pesar de tantos trabajos, y no obstante que la Compañía de Jesús no ha tenido otro delito que haber atacado hasta sus últimas trincheras á la herejía y á la impiedad, sus enemigos, que son los enemigos del Catolicismo, han encontrado arte para seducir á hombres muy pios y católicos con absurdas calumnias que suscitaron á la Compañía, y han inspirado horror al pueblo para que creyera que los acueductos por donde se comunicaba la instruccion mas pura á sus hijos se habian convertido en canales de ambicion y de infamia. La supresion de este Orden religioso en tiempo de Clemente XIV reconoció causas no ignoradas de los hombres instruidos y en cuya explanacion no podemos detenernos. Despues se le ha hecho justicia, y los Papas han reconocido y celebrado el mérito indisputable de la Compañía. ¿Cómo Pio IX habia de ser enemigo de los Jesuitas? Ya hemos visto los testimonios que les ha dado del amor que les profesa, y aun pudiéramos añadir algunos mas. Calumnian, pues, al santo Pontífice los que hacen una afirmacion contraria.

No dejaremos de hacer una observacion sobre lo que acabamos de indicar acerca de la supresion de la Compañía.

Los incrédulos, que no cesan de vilipendiar á la Santa Sede, hacen un intervalo, digámoslo así, en su odio á la institucion divina, para colmar de elogios al sumo pontífice Clemente XIV, elogios que son verdaderos insultos á su memoria. ¿Y por qué? Porque suprimió el instituto de los Jesuitas. ¡Admirable lógica! ¿No son dignos de respeto otros grandes pontífices que los han protegido y estimado? San Pio V, Gregorio XIII, Benedicto XIV y Pio VII fueron varones de gran sabiduría, y demostraron el amor que profesaban á los esclarecidos hijos de Ignacio de Loyola.

Empero no hay persona medianamente instruida en estos asuntos que deje de conocer que el mismo Clemente XIV no fue enemigo personal de la Compañía, y que al suprimirla no la juzgó criminal en nada.

Procedamos con orden en la exposicion de este punto histórico, que no deja de ser importante.

Antes de mediar el siglo XVIII, Lorenzo Ganganelli, que tal era el nombre del que fue luego Clemente XIV, era profesor en el colegio de San Buenaventura de los Franciscanos de Roma, y en una solemnidad teológica que presidia dedicada á san Ignacio de Loyola, se expresó de la manera siguiente: «Si hubiera podido creer ó siquiera sospechar que me fuese posible escoger por objeto de esta disertacion un ramo de la ciencia sagrada que os fuese desconocido, al momento se hubieran presentado á mi memoria los hombres ilustres de vuestra Compañía, cuyo número y mérito hubieran desvanecido todas mis dudas. Y en efecto, si se tratase de la interpretacion de la Escritura, aparecerian aquí los trabajos preparatorios de Salmeron, allí los comentarios de Cornelio, Tirino y otros; si de la historia, podria citar á Labbe, Arduino, Co-sart y el célebre Sirmond; si de controversia, ahí están Gregorio de Valencia con la madurez de sus juicios, Suarez con su vasto ingenio, Vazquez con su

talento penetrante, y cien y cien otros: en fin, si se tratase de luchar cuerpo á cuerpo con los enemigos de la fe, y de vengar los derechos de la Iglesia, ¿podria olvidar la vigorosa argumentacion de Belarmino? Si quiero presentarme en el combate con armas de toda especie y prometerme una victoria segura, ¿podria descuidar los libros de oro de Dionisio Petau, muro glorioso levantado para la defensa de los dogmas católicos? Á cualquiera parte que vuelva los ojos, sea cual fuere el género de conocimientos que recorra, veo Padres de vuestra Compañía que se han hecho célebres en él.» Y ya elevado al sumo pontificado, en un breve que comenzaba con estas palabras: *Cælestium munerum thesauros*, el 12 de julio de 1769, concedia indulgencias á los Jesuitas misioneros, diciendo: «Derramamos voluntariamente los tesoros de los bienes celestiales sobre los que sabemos que procuran con gran ardor la salud de las almas, tanto por su encendida caridad hácia Dios y el prójimo, como por su celo infatigable en favor de la Religion. Como comprendemos en el número de esos ardientes operarios en la viña del Señor á los religiosos de la Compañía de Jesús, y en especial á aquellos que nuestro amado hijo Lorenzo Ricci tiene intencion de enviar este año y los siguientes á diversas provincias para ocuparse en ellas de la salvacion de las almas, deseamos tambien alimentar y acrecer por medio de favores espirituales la piedad y el celo emprendedor y activo de dichos religiosos.»

¿Por qué, pues, Clemente XIV, que se habia manifestado siempre tan devoto de la Compañía, la suprimió? Sabido es que la filosofía impía del pasado siglo se habia propuesto á todo trance exterminar el Cristianismo, creyendo en su loco y satánico orgullo que era cosa fácil echar por tierra un establecimiento que tiene por garantía de su perpetuidad la misma palabra de Dios. Siendo los Jesuitas los mas valientes campeones de la Iglesia, los mas intrépidos defensores de la verdad católica y los que por su sabiduría podian mejor refutar los vanos sofismas en que se apoyaban, tomaron por punto de partida de sus trabajos el deshacerse de los Jesuitas. Los filósofos tuvieron la suficiente astucia para seducir á los ministros de las cortes, los cuales, á su vez, engañaron á los reyes de Portugal, de Francia y de España, quienes solicitaron con la mayor instancia de la Santa Sede que suprimiese la Compañía de Jesús. Ocupaba entonces la silla de san Pedro Clemente XIII, el cual, léjos de acceder á la peticion, se constituyó en defensor del calumniado instituto, demostrando la inocencia de sus individuos.

Irritados los príncipes por no poder conseguir el objeto de sus deseos, recurrieron á la fuerza, y los lanzaron de sus casas. El modo secreto como preparó Carlos III de España la expulsion para que no se levantasen en su favor los pueblos, porque eran muy estimados, es demasiado conocido para que nos detengamos en explicarlo. La mayor parte de los religiosos fueron arrojados sobre las costas de los Estados pontificios, sin otra cosa que el hábito que los cubria y su breviario. ¿Se dieron por esto por satisfechos aquellos príncipes? De ningun modo. No contentos con haberlos expulsado de sus respectivos Estados, renovaron sus instancias á fin de que se llevase á cabo la supresion, y recurrieron á las amenazas, que empezaron á realizar en vista de la resistencia del Pontífice. Á mano armada invadieron los dominios de la Santa Sede, apoderándose del condado de Avignon, Pontecorvo y el ducado de Benevento, y hasta llegaron á amenazar con un cisma; pero Clemente XIII, que

lloraba tantos males, se mantuvo firme, y bajó al sepulcro sin haber cedido en nada á aquella demanda ni dar la menor esperanza.

Sucedióle Ganganelli, que, como hemos dicho, tomó el nombre de Clemente XIV, el cual, viendo á la Santa Sede desposeida de una parte de sus Estados, y que amenazaba un cisma, deseoso de evitar mayores males, y despues de haber apurado todos los medios posibles para convencer á los príncipes, se decidió á dar el breve de la supresion con harto dolor de su corazon, pero, como antes insinuamos, sin considerarlos reos de delito alguno. Y que Clemente XIV lo hizo contra su voluntad está suficientemente demostrado. Los que le rodeaban le oyeron exclamar repetidas veces entre lágrimas y suspiros: *Compulsus feci, compulsus feci*: lo hice obligado por la fuerza. Al firmar el breve, dijo: *Questa suppressione mi dara la morte!*

Pio VI quiso restablecer la Compañía, pero encontró los mismos obstáculos, y se contentó con autorizarla en Rusia, colmando á los Jesuitas de toda clase de alabanzas. Por último, Pio VII, despues de conjurada la tormenta, la restableció en el mundo todo por medio de la bula *Sollicitudo omnium Ecclesiarum*, en la cual se expresaba de este modo:

«El mundo católico pide á una voz el restablecimiento de la Compañía de Jesús. Todos los días recibimos á este efecto las súplicas mas eficaces de nuestros venerables hermanos los arzobispos y obispos, y de las personas mas distinguidas, en especial desde que son generalmente conocidos los abundantes frutos que esta Compañía ha producido en las comarcas poco antes mencionadas. Á mas de que la dispersion de las piedras del santuario en las pasadas calamidades (calamidades que vale mas en el día deplorar que traer á la memoria); la destruccion de la disciplina de las Órdenes regulares (gloria y sosten de la Religion y de la Iglesia católica, á cuyo restablecimiento se dirigen en la actualidad todos nuestros pensamientos y desvelos) exigen cedamos á un voto tan justo y general.

«Nos creeríamos culpables ante Dios de un grave delito si, en tan grave peligro de la república cristiana, no echásemos mano de todos los recursos que nos concede la providencia especial de Dios, y si colocado en la barca de Pedro, agitada, combatida por continuas tempestades, rehusásemos valernos de los vigorosos y experimentados remeros que se ofrecen voluntariamente á romper las olas de un mar que amenaza á cada instante con el naufragio y la muerte. Movido por tantos y tan poderosos motivos, hemos resuelto hacer lo que hubiéramos deseado practicar al principio de nuestro pontificado. Despues de haber implorado la asistencia divina con fervientes oraciones, despues de haber oido el parecer y los consejos de un gran número de nuestros venerables hermanos los cardenales de la santa Iglesia romana, hemos decretado, á sabiendas, en virtud de la plenitud de la potencia apostólica, y á fin de que valgan para siempre, que todas las concesiones y facultades que otorgamos antes únicamente al imperio ruso y al reino de las Dos Sicilias, se extiendan en adelante á todo nuestro Estado eclesiástico, é igualmente á todos los demás Estados. Por lo cual concedemos y otorgamos á nuestro muy amado hijo Tadeo Bzrozowski, general de la Compañía en la actualidad, y á los demás miembros de la misma que legítimamente delegare, todos los poderes convenientes y necesarios para que los dichos Estados puedan libre y lícitamente recibir y acoger en su seno á todos los que desearan ser admitidos en la Orden

regular de la Compañía de Jesús, los cuales, segun la necesidad, serán recogidos y distribuidos bajo la autoridad del general interino en una ó muchas casas, en uno ó muchos colegios, en una ó muchas provincias, donde ajustarán su modo de vivir á la Regla prescrita por san Ignacio de Loyola, aprobada y confirmada por las Constituciones de Paulo III. Declaramos además (y les concedemos poder para ello) que puedan libre y lícitamente dedicarse á educar la juventud en los principios de la religion católica, á formarla en las buenas costumbres, á dirigir los colegios y los seminarios; les damos autorizacion para confesar, predicar la palabra de Dios, administrar los Sacramentos en el lugar de su residencia con el consentimiento y aprobacion del Ordinario. Tomamos bajo nuestra tutela, bajo nuestra inmediata obediencia y bajo la de la Sede apostólica, todos los colegios, casas, provincias é individuos de la Orden, como asimismo todos los que á ella se agreguen, reservándonos sin embargo, como tambien á los Pontífices romanos que nos sucederán, el establecer y prescribir lo que juzgásemos mas oportuno para consolidar mas y mas dicha Compañía, hacerla mas poderosa y limpiarla de los abusos, si (lo que no permita Dios) pudieran introducirse alguna vez en ella. Ahora nos falta exhortar de todo corazon y en nombre del Señor á todos los superiores, provinciales, rectores, individuos y discípulos de esta Compañía, que en todos tiempos y lugares se manifiesten fieles imitadores de su Padre, que observen con exactitud la Regla dada y prescrita por este grande Fundador, y que obedezcan con un celo siempre creciente las advertencias útiles y los consejos que dejó á sus hijos.

«Por último, recomendamos con mucha instancia en el Señor la Compañía y todos sus individuos á nuestros estimados hijos en JESUCRISTO los ilustres y nobles príncipes y señores temporales, como tambien á nuestros venerables hermanos los arzobispos y obispos, y á todos los que se hallan constituidos en dignidad, les exhortamos y suplicamos, no solo que no toleren que estos religiosos sean molestados en manera alguna, sino que vigilen para que sean tratados con bondad y caridad como conviene.»

En 15 de diciembre de 1814 alentaba en estos términos á Fernando VII á restablecer la Compañía en España: «Nos felicitamos por los bienes inmensos que debe reportar la España de los sacerdotes regulares de la Compañía de Jesús, por enseñarnos una grande experiencia que no es solamente por la probidad de sus costumbres y por su vida evangélica que difunden el dulce aroma de JESUCRISTO, sino tambien por el ardiente celo con que procuran la salvacion de las almas. Á fin de hacer su ministerio mas provechoso, unen á la vida mas pura el profundo conocimiento de las ciencias, se dedican á propagar la Religion, á defenderla contra los esfuerzos de los malos, á levantar á los cristianos del cieno de la corrupcion, y á enseñar las bellas letras á la juventud y formarla para la piedad cristiana. Así es que no dudamos que el llamamiento de esos religiosos á vuestros Estados será sumamente provechoso, porque solo se entregarán á los deberes que se han impuesto de hacer florecer el amor de la Religion, el gusto de los buenos estudios y la santidad de las costumbres, que irán cada día en progresivo aumento. Á todas estas ventajas se unirán otras tambien de la mayor importancia: los lazos de afeccion y obediencia que unen los súbditos al rey se estrecharán mucho mas; renacerán entre los ciudadanos la union, la tranquilidad y la calma, y en fin, por decirlo de una vez, reaparecerá entre los pueblos confiados á V. M. la felici-

dad pública y privada. No solamente os felicitamos á Vos, carísimo hijo en JESUCRISTO, por todos esos bienes, sino tambien á toda esa nacion española, á la que queremos en Nuestro Señor con particular solicitud, á causa de su constante amor á la religion cristiana y de las muchas pruebas de fidelidad que nos ha dado, así como á la Silla apostólica, cuya nacion será una de las primeras en experimentar los felices resultados que ha de dar el establecimiento de esa ilustre sociedad, que tanto nos esforzamos en procurar á todos los fieles.»

Creemos que con lo expuesto queda suficientemente aclarado el asunto y justificada la por mil títulos célebre Compañía de Jesús.

CAPÍTULO XIV.

DIVERSAS ANÉCDOTAS SOBRE LA CARIDAD DE PIO IX PARA CON LOS DESVALIDOS.

HEMOS visto que el Papa al dar su encíclica sobre las Órdenes religiosas se proponía que aquellas *legiones auxiliares de Cristo*, que tanto sirvieron siempre, adornaron y defendieron así al Cristianismo como á la sociedad civil, resplandeciesen mas y mas por la práctica de las virtudes evangélicas, por el fiel desempeño de los ministerios eclesiásticos y la observancia exacta de sus respectivas reglas y constituciones.

No quiso Pio IX que su encíclica fuese una letra muerta en Roma, y así se propuso vigilar por sí mismo si eran fielmente cumplidos sus mandatos. Una noche, á hora bastante avanzada, se presenta seguido de un solo camarero á las puertas de un convento y pregunta por el Prior. El portero, que á través del ventanillo no distinguió la sotana blanca del Papa, contestó al que creía un visitador importuno.—¿Es esta hora de llamar á la puerta de un convento? El Prior está en la cama, y la comunidad duerme. Volved mañana.—Andad, contestó el Papa, decid al Prior que el hermano Mastai desea hablarle. El portero abrió los ojos, y reconociendo que era el Santo Padre, abrió inmediatamente la puerta, y pidiendo perdon le hizo entrar. Pio IX inspeccionó el convento, tocando una por una á todas las puertas de las celdas. Dos religiosos no respondieron. Para excusarlos, el Prior pretextó que la fuerza del calor les habia hecho salir á buscar el fresco en las afueras. Pio IX reprendió severamente al Prior, y le enseñó con su ejemplo el cuidado que deben tener los Superiores en no dejar relajar la disciplina, y ordenó que al dia siguiente los dos religiosos fuésen á expiar su falta á la casa de correccion eclesiástica. El hecho fue sabido al dia siguiente en toda Roma, y es seguro que produjo mas fruto que habia producido la encíclica para el cumplimiento de la disciplina monástica en todas las familias religiosas.